QUINCE AÑOS DE MÚSICA ESPAÑOLA FUERA DE ESPAÑA

Tomás Marco

La presencia de la música española en los foros internacionales fue una cuestión retomada por la generación rupturista de la vanguardia tras el paréntesis de la Guerra Civil y los primeros años de la postguerra. Ciertamente es un tema en el que persisten recurrentemente muchos problemas estructurales pero ello no ha impedido que la música culta española tenga un nivel de exportación superior al que hacen posible sus mecanismos internos de apoyo.

Téngase en cuenta que el inmenso crecimiento de la actividad musical del país desde la Constitución, concretado en orquestas, auditorios, centros de enseñanza y público, ha acentuado más los aspectos de importación que los de exportación. En este momento somos consumidores netos e importamos mucha música de fuera y no sabemos bien exportar a cambio la nuestra, lo que sólo es paliado por la actividad privada de los propios compositores.

Es verdad que si un buen número de compositores de la llamada «Generación del 51» y posteriores han circulado con cierta regularidad por las salas de concierto del extranjero, la normalización del país no ha impedido que las generaciones posteriores hayan ido colocando nombres de creciente actividad fuera de nuestras fronteras. Así, a los Halffter, De Pablo, Balada, Guinjoan, Benguerel, Soler, Olavide, Marco, Villa Rojo y otros muchos que están más allá de los sesenta años, se han sumado otros más jóvenes. Incluso un autor prematuramente fallecido, como Francisco Guerrero, ha conocido póstumamente un amplio eco internacional.

Algunos compositores españoles han ido fijando su residencia en otros países al igual que ocurriera en las generaciones anteriores; así, López López, Manuel Hidalgo, Alvear, etc., proyectan desde fuera su labor en España, mientras compositores como Sotelo o Sánchez Verdú comparten actividad y residencia dentro y fuera. Pero también muchos, que desarrollan su actividad en España, han tenido últimamente una buena proyección exterior, como es el caso de Del Puerto, Rueda, Torre y otros muchos. El problema es que este éxito se debe exclusivamente a la calidad individual de cada uno y a su esfuerzo, su capacidad de ganar premios o de interesar a determinados intérpretes.

El gran fallo de los últimos quince (y muchos más) años en el terreno de la creación musical proyectada al exterior es estructural. España no cuenta con organismos apropiados para exportar música e incluso, cuando apoya los desplazamientos de intérpretes, sean individuales u orquesta, no cuida de que éstos se ocupen del repertorio nacional reciente. La única institución oficial existente que podría hacer frente a ello es el INAEM, pero ni orgánica ni presupuestariamente está orientado hacia ello. Pese a todo, en el pasado reciente protagonizó algunas operaciones de envergadura, como los desembarcos de música española actual en los festivales de El Sarre o Estrasburgo, aunque como esfuerzos aislados sin continuidad ni planificación a largo plazo.

Sólo algunas Comunidades Autónomas han apoyado una acción exterior, aunque casi siempre más en el campo de la interpretación que en el del repertorio. En los últimos tiempos, la Comunidad de Madrid ha emprendido

una acción amplia y agresiva en el extranjero con sus conjuntos pero con música española de hoy; así lo demuestran sus acciones en China, la Bienal de Venecia o Metz. Ése es un camino, pero sería deseable la conjunción con otras comunidades y un liderazgo, hoy inexistente, del Estado central.

Una institución que podría ser muy útil en este aspecto es el Instituto Cervantes, que ha emprendido una nueva singladura. Hasta ahora sí había llevado a cabo acciones por la música, aunque más en el terreno de la interpretación que en el de la creación y más coyunturalmente que de forma planificada. El futuro puede en cambio ser muy otro pues puede ser un apropiado vehículo desde su plataforma y desde la colaboración con instituciones locales de otros países. No en vano tenemos un claro ejemplo en lo que realiza el Goethe Institut en todo el mundo, e incluso los institutos francés e italiano.

Los centros del Instituto Cervantes pueden ser un foro de presentación de los propios compositores y también de su música. De esta manera, el apoyo institucional a la creación musical multiplicaría espectacularmente los logros que los compositores han conseguido por su exclusiva cuenta y riesgo. ■

Tomás Marco es compositor.